



montañeros

Por Miguel PELAY OROZCO

A Pedrotxo Otegui, en recuerdo de una grata jornada en Amulleta.

La dirección de la revista OARSO ha propuesto a sus colaboradores un tema de carácter monográfico para el número correspondiente al presente año. Un tema, por cierto, interesante, captatorio, «con gancho», como se dice ahora. Se nos pide que investiguemos ese fenómeno celosivo y multitudinario en que ha venido a parar el éxodo hebdomadario de los guipuzcoanos. Que estudiemos sus implicaciones, sus causas, sus derivaciones, sus ventajas, sus inconvenientes.

Dado que mis aptitudes indagatorias son más bien parvas y no me siento con fuerzas para cumplir estrictamente un cometido que se me antoja en extremo difuso y comprometido, sin salirme por completo del tema sugerido, voy a intentar fijar mi atención en el sector que mejor conozco y por el que más simpatía profeso, dentro de este peregrinaje sabático o dominical que ha adquirido ya carta de naturaleza entre nosotros, hasta convertirse en una especie de rutina periódica e ineluctable, como pueden serlo las alternaciones solsticiales o los flujos y reflujos de las mareas. Este sector a que aludo está constituido por los montañeros. Por los que, en puridad, son los pioneros de la deserción metropolitana, al menos en el País Vasco. Por los que no han tenido que seguir ninguna moda importada de otros países, puesto que su costumbre de permutar una vez por semana la ruidosa agitación de las ciudades por la soledad augusta y enriquecedora de las cumbres, es inveterada.

Sucede que, a diferencia de los demás movimientos de masas—los inefables *weekends* a base de utilitarios o de

agencias de viaje, con gentes que buscan deliberadamente las playas multitudinarias (sí es que no prefieren alguna ciudad aún más populosa y ensordecedora que aquella que dejan)—la afición montañera, de gran arraigo en Guipúzcoa y en todo el País Vasco, no obedece a corrientes novedosas y foráneas, ni a simples impulsos gregarios. Sucede que no es una moda, sino una tradición.

En un libro mío publicado hace ya algunos años—de todo va haciendo ya «algunos años»...—me ocupaba de nuestros montañeros. Y no me refería a los protagonistas de grandes gestas—precisamente en estos momentos un equipo vasco de montañeros de élite está intentando el ataque final al «techo del mundo» y tengo que decir que pocas aventuras deportivas me han apasionado tanto como ésta de *Tximist*, por cuya feliz culminación hago fervientes votos—, sino a los *otros*. A esos centenares y aun miles de hombres y mujeres de toda edad y condición social que, legado el fin de semana, se aprestan jubilosamente para la excursión de turno.

Explicaba también cómo los grupos de amigos repasan con minuciosidad el itinerario proyectado—a veces, incluso con un mapa extendido sobre la mesa del bar o de la sociedad deportiva, tal como lo harían los generales en el campo de batalla—, estudiando prolijamente el recorrido, el horario de trenes o de autobuses, el lugar del almuerzo, la hora de regreso... Con qué deleitoso afán se procede al rito de los preparativos: la mochila, el *zato*, las botas, el anorak... Me atrevería a afirmar que pocos proyectos humanos, por cos-

tosos y acuciadores que sean, engendran vísperas tan ilusionadas como las que acompañan siempre al montañero.

Personalmente he de señalar que estos últimos años frecuento mucho, con mis amigos, las estribaciones de Aitzgorri y de Aloña. Nuestro campamento base suele ser la fonda Milikua, de Aránzazu. Y raro es el día que, haga sol o caigan chuzos, no nos plantamos en Urbía. A veces, subimos o bajamos por Maya y Duro, atravesando una preciosa cornisa desde la que se domina un panorama admirable. Por cierto, que casi al final de esta cornisa y dejando el camino de Katabera, en una pequeña prominencia, se encuentra un dolmen, bastante deteriorado ya, no sabe uno si por la acción del tiempo o por otra menos digna de respeto; otras veces solemos tomar la senda actualmente más generalizada: la que parte de Síndica; o si no, vamos por el camino viejo, por el bosque; o por Iturrigorri... Me toca, pues, cruzarme a menudo con nutridas caravanas de montañeros. La gama es, ciertamente, amplia: grupos de muchachos jóvenes, fuertes, alegres, que suben a grandes zancadas, sin exteriorizar el menor síntoma de fatiga. Alguno lleva una boina de vuelo inverosímil; otro va encorvado bajo el peso de una mochila descomunal; otro es portador de la bota o *zato*, lo que le convierte en pieza fundamental de la expedición... Hay también grupos de chicas que ríen, probablemente sin otro motivo que el que emana de su propia jubilosa juventud; o que hablan, en voz muy alta y todas a la vez, como una manifestación de vivacidad y de dinamismo. Alguna lleva a la espalda una guitarra. Es una especie de versión femenina, muy actual y también muy atractiva, del legendario bardo urrechuano. Resulta asimismo frecuente que las chavalas hagan un alto en el camino—por ejemplo, en la fuente de la Virgen—, y allí entonen un par de deliciosas canciones vascas que, en aquellas alturas, le suenan al que tiene la suerte de escucharlas, como un puro canto de ángeles. Hay también el montañero solitario; ese que pasa imperturbable, sin detenerse en ningún sitio y que, al cruzarse con uno, emite un lacónico «*Egunon!*». O el pequeño grupo de señoras ya gruesas y entradas en años, a las que alguien, allá abajo, les ha animado a la aventura y que, sofocadas y resoplando como viejas locomotoras de vapor, preguntan con angustia: «*Oraindik asko palta al da?*».

Finalmente quiero referirme a un ramal muy pintoresco, dentro de esta, de suyo singular y sonriente fauna deportiva del país: al constituido por la gente madura—y, en ocasiones, algo más que madura—. A esos personajes que, en el argot festivo y jovial de la comunidad montañera, son—me temo que debo decir «somos»—conocidos como «los vetustos». Por supuesto que el apelativo, lejos de contener el menor propósito irrespetuoso o burlón, como pudiera suponer el no iniciado, está impregnado de afecto. Conviene señalar que fue elegido y adoptado como título propio precisamente por unos cuantos veteranos, optimistas y un tanto *bon vivants*, que, hace una treintena de años, decidieron constituirse en equipo. Por cierto que el tal equipo habría de pasar a la historia—a la pequeña historia de nuestro montañismo doméstico—por la pericia con que supieron conciliar sus dos debilidades: la deportiva y la gastronómica.

Yo soy de la opinión de que la montaña enriquece espiritualmente a sus frequentadores. A esos hombres que saben huir del gregarismo igualitario y ramplón de los grandes núcleos urbanos, en busca de libertad y de serenidad. En alguna parte he escrito que no cabe equiparar la cháchara rutinaria y superficial de una tertulia de café, con el diálogo surgido en un refugio solitario de la montaña. Y he dicho también que en las reuniones cotidianas de la ciudad, la gente propende a las vaciedades, a la vulgaridad y al cotilleo, lo que no suele ocurrir en la montaña, donde las conversaciones adquieren generalmente un tono más serio y más digno y se intercambian opiniones sobre temas importantes: religiosos, filosóficos, artísticos o sociológicos.

Sí. Decididamente creo que la montaña ennoblece a sus cultores...

